

que puede ser su patria, en el verdadero sentido de la palabra. En estas condiciones, ¿quién hará, pues, distinción entre el país de esta patria y el país de su domicilio? ¿Cuál es el americano, digno de este nombre, que se contentará con venerar la tierra de sus padres y con decirle: «¡Que Dios te ayude!» Cuando el pueblo en la antigua patria sea soberano, como lo es en la nueva, las dos naciones no formarán más que un pueblo, y todo el resto del universo, unido, no podrá romper los lazos que las unirán. El republicano de este lado del Atlántico, tiende su mano al hermano que está en el otro lado. Estas manos se estrechan. La democracia dice á la aristocracia: «Queremos los derechos del hombre; los días de los reyes y de los pares han acabado. ¡Abajo los privilegios! Los días de la soberanía del pueblo y de la igualdad de los ciudadanos han llegado.» No puede haber llamamiento más grande que este. No hago excepción fuera de sustituir la guerra por un arbitraje pacífico en toda la superficie del globo. De todos modos, esto también se halla comprendido en el republicanismo.

En la República todos los partidos se han adherido á esta doctrina. Paciencia, compatriotas míos, paciencia. La democracia está en marcha. El reinado de las másas conduce á la paz universal. Los tronos y las familias reales y las influencias que forzosamente les rodean—la prole vil que ellos nutren—hacen veinte guerras por cada una que hace la *Democracia triunfante*.

LAS CONDICIONES DE LA VIDA

La más sorprendente de las numerosas maravillas que se encuentran en la historia de América es el rápido mejoramiento de las condiciones de vida. Hace un siglo América no era más que un desierto. Sobre una extensa faja de terreno, á lo largo del Atlántico se hallaba una población diseminada y algunos pueblos; pero fuera de este territorio, el país era tan salvaje como cuando, hace siglo y medio desembarcaron en él los primeros emigrantes. Eran raros los caminos á través de los bosques vírgenes, y los habitantes del Massachussets se hallaban tan apartados de los de Virginia como de los de su patria; pues todas las comunicaciones de las colonias entre sí se hacían por medio de la navegación costera. Después de la guerra de la Independencia, la joven nacionalidad, llena de entusiasmo y de ardor, se entregó con fe al desarrollo del país. Construyéronse caminos y canales. En 1830 ya se habían abierto 115.000 millas de caminos y 2.000 de canales; estas últimas con un coste de más de 65.000.000 de dollars. Los canales y caminos eran entonces los poderosos factores de la civilización; los mejores medios de locomoción.

A pesar de estos progresos, el país estaba muy atrasado. Cuando se compara la vida que entonces se llevaba con nuestra vida moderna, tan llena de comodidades, se pregunta uno cómo la podían soportar. Los periódicos de aquel tiempo y los libros de los viajeros no nos dan más

que una idea muy vaga de las miserias sufridas por la generación pasada. La significación completa de muchos relatos escritos hace cincuenta años, no puede ser comprendida en nuestra época de refinamiento y elegancia.

He aquí un extracto del *Nile, s Register* del 20 de Marzo de 1830:

«La contestación á una carta expedida desde Baltimore, ha empleado cuarenta y una horas para venir de Norfolk. La distancia, que es de cuatrocientas millas, ha sido franqueada por el vapor!»

El punto admirativo que termina esta información nos parecerá inocente, y hasta gracioso, á nosotros que poseemos el telégrafo, el teléfono y el sello de diez céntimos. Las dificultades para la comunicación resaltan asimismo de estas líneas del *American Quaterly Observer* de Julio de 1834.

«Un paquete de libros puede ser enviado más rápidamente de Boston á Londres que de Boston á Cincinnati. Un libro publicado en Boston ha sido reimpresso en Edimburgo antes de ser conocido en Cincinnati.»

He aquí también algunos párrafos de la *Society in América*, por Miss Martineau, escritos en 1834 y 1835:

«Las grandes poblaciones se hallan hoy, todavía, muy mal abastecidas por la gente del campo. Las provisiones son muy caras... La carne es en todo el país muy inferior á lo que será cuando un aumento de mano de obra y de los medios de transporte permitan mejorar los pastos y los medios de cuidar el ganado. La volatería, la manteca y los huevos son enviados de Vermont á Boston; pero es completamente imposible tener un pedazo de carne fresca. En Boston, en casa de una familia muy numerosa y que vive lujosamente, y en torno de cuya mesa he hallado con frecuencia gran número de invitados, no he visto nunca otra carne que jamón, hallándose en cambio bien provista de aves de diversas especies. La única carne

tierna y jugosa que he visto en el país fué un lomo de buey, en Charleston. En el Sur el viajero no halla más que carne de cerdo, bajo todas las formas posibles, y volatería.»

Miss Martineau, escribiendo de Filadelfia, hace esta otra observación:

«Todas las señoras de una capital de provincia vecina llevaban los guantes en tan mal estado que ya no cabía ni arreglarlos y otras no llevaban. Por el canal no había llegado ni un sólo par desde hacía varias semanas. En Washington quise comprar cintas para mi sombrero de paja y en toda la ciudad, en plena temporada, no pude hallar para elegir más que seis piezas de cinta. (Hoy Miss Martineau encontraría sesenta tiendas llenas de cintas).

»En todo el país, fuera de las ciudades, me ví sorprendida por el gran número de cristales rotos. Grandes fincas urbanas, magníficas por todos conceptos, tenían ventanas de aspecto lúgubre. Las personas que vivían en la proximidad de un canal recibían de la ciudad cristales de grandes dimensiones y los colocaban ellas mismas en sus ventanas; pero ¿cómo transportar vidrio por un camino hecho de troncos de árboles, de tierra y de guijarros? Los que no tenían otro medio de comunicación se habían de contentar con las ventanas que el viento y los chiquillos querían dejarles sanas.

»Aun en 1845, todos los que se hallaban alejados de la costa se encontraban en igual aislamiento. Sir Charles Lyell, visitando en dicho año Milledgeville, en Georgia, cuenta que el propietario del hotel miraba á lady Lyell como una excepción ó curiosidad porque no sabía fabricar jabón. La excelente señora le contó que los criados de la casa fabricaban casi todos los objetos de uso de la casa, incluso sus sombreros. Bastantes años después el jabón y las velas de sebo eran todavía de manufactura casera y

también la tela de los vestidos. En los distritos rurales de New-England muchas casas han conservado en un rincón del desván el huso y el telar de familia.»

Las dificultades experimentadas por los habitantes de los distritos colonizados, eran poco numerosas y de escasa importancia comparadas con las de los inmigrantes del distrito del Oeste. A propósito de estos últimos, la *De Bow's Review* escribía en 1825:

«No se ponían en camino más que después de grandes preparativos. El viaje era caro, largo y penoso. Veíanse obligados á transportar sus pesados útiles y los voluminosos instrumentos agrícolas; sus utensilios de cocina y su frágil mobiliario, en malos barquichuelos ó por pésimos caminos. Eran precisos muchos años para obtener un pequeño respiro, alguna mejora penosa ó aprovisionamientos bastantes con que ocurrir á las necesidades de la casa.»

Después de muchos esfuerzos se llegaba á vivir en condiciones que, á lo mejor, se parecían á las que pinta el siguiente diálogo:

«— A quién pertenecía el terreno que ha comprado usted?

— A Moggs.

— ¿De qué naturaleza es el suelo?

— Bogs (marisma).

— ¿Y el clima?

— Fogs (niebla).

— ¿Qué tiene usted para comer?

— Hogs (tocino).

— ¿Con qué ha construído usted su casa?

— Logs (troncos de árboles).

— ¿Tiene usted vecinos?

— Frogs (ranas).»

Esto es evidentemente una exageración burlesca; pero la suerte de muchos inmigrantes no era, á veces, más

envidiable que la del hombre que vivía en los *Bogs* que le había vendido *Moggs*. El trabajador del Oeste, alejado de todo medio de comunicación, estaba absolutamente separado del mundo. No disponía de sistema postal que le permitiese comunicarse con sus amigos del Oeste ó con el «viejo país». Los periódicos llegaban raras veces á aquellas regiones salvajes, y el que deseaba hacer una visita al vecino más inmediato, tenía que recorrer á caballo una porción de millas á través de un país abrupto é inseguro. El viajero de los ríos del Oeste encontraba á menudo á un hombre solo; á veces á una mujer que remontaba la corriente á fuerza de remos para ir á ver á un vecino que vivía veinte ó treinta millas distanciado. Las cartas destinadas á los colonos eran enviadas á la ciudad más próxima, quizá á cien millas de su destino, permaneciendo allí meses enteros, hasta que los destinatarios ó uno de sus vecinos encontraban medio de ir á recoger. El franqueo de las cartas era muy costoso. Una carta de una sola hoja era transportada á cualquier distancia que no excediera de treinta millas, por seis centavos; y esta cantidad se doblaba ó triplicaba si la carta tenía dos ó tres hojas. Para toda distancia que pasase de cuatrocientas millas, el precio era de veinticinco centavos (un chelin) por hoja; suma que tenía entonces un valor doble del que tiene hoy.

La más primitiva sencillez reinaba en los servicios municipales; esto cuando existían. El siguiente aviso colocado en la pared de una posada de pueblo, en Sandisfield, 1833, lo prueba suficientemente:

«A todas las personas que han dejado de pagar sus impuestos ó sus billetes confiados á Josiah H. Sage, recaudador, se les advierte que, á causa de hallarse enfermo dicho recaudador, los billetes están en mi casa, donde los que gusten pueden pagar los impuestos. Los que no

tengan en cuenta este aviso habrán de abonar los recargos consiguientes.»

La limpieza de las calles estaba confiada á los cerdos que circulaban en completa libertad. Sir Charles Lyell cuenta que dichos animales se paseaban en Cincinnati en piaras inmensas. En Nueva-York mismo se toleró durante mucho tiempo que anduviesen por las calles: se creía en su utilidad. No era raro ver, hace treinta y cinco años, que cualquier transeunte fuese asustado por el villano gruñido de un cerdo municipal.

Las calles de las poblaciones no estaban generalmente alumbradas por la noche; así es que en 1836, Nueva-York consumió 35,000 galones de aceite, para 299 faroles de alumbrado público, además del gas. En 1837 veíase Nueva York privada de agua potable y sana. En todos los barrios de la ciudad había numerosos pozos con bombas; pero el agua de los mismos era considerada como peligrosa é insalubre y se empleaba, sobre todo, el agua de lluvia, para lo cual la mayor parte de las casas se hallaban provistas de buenas cisternas.

En tales condiciones no es de extrañar que Nueva-York, hoy una de las poblaciones del mundo mejor provisionadas, haya experimentado varias epidemias de cólera. En 1832 se cebó de tal manera que aniquiló casi por completo la población. El consumo de agua en Nueva-York es igual al del monstruoso Londres; de tal manera, que un newyorkino consume doble cantidad de agua que un londinense.

El carácter prodigioso de los trabajos emprendidos en América se manifiesta en esta cuestión de las aguas de Nueva-York. Un subterráneo cruzado á una profundidad media de 250 pies, lo suficientemente ancho para poder transitar por él un ferro-carril de doble vía, que tiene treinta millas de largo y está destinado á llevar el agua á Nueva-York, hállase actualmente en construcción, ha-

biéndose terminado ya cinco millas. Los trabajos han de ser terminados en tres años, á contar desde el día de la firma del contrato. De modo que, dentro de poco, la provisión de agua de Nueva-York será de 400.000,000 de galones por día; es decir: cuatro veces lo que se consume actualmente en Londres. Háblase, desde hace mucho tiempo, de un proyecto de túnel entre Douvres y Calais. El túnel para las aguas de Nueva-York, que es más largo y de una anchura aproximada, se construye sin que casi se haya hablado de él.

Había otras poblaciones que también estaban mal provisionadas de agua, lo cual era un grave inconveniente, teniendo en cuenta los grandes incendios que frecuentemente destruían barrios enteros de las poblaciones de la Unión. A estos desastres contribuía también la deficiencia de las bombas de incendios empleadas entonces. Dichas bombas funcionaban tan mal, que en el informe de un incendio, en Nueva-Orleans, el *Nile's Register* de 8 de Mayo de 1830 cuenta que aún cuando el Mississippi se hallaba á cien metros, no se pudo obtener una cantidad de agua suficiente. En 1893 fué cuando se perfeccionó la bomba de vapor, y no fué, sino hasta mucho más tarde, cuando su uso se generalizó. Hoy el material de incendios en América es el más perfeccionado del mundo. Todos los barrios de la población y muchas casas tienen comunicaciones eléctricas con los retenes de bomberos. Un minuto después de haber sido anunciado un incendio por la presión de un botón eléctrico, media docena de bombas de vapor, salidas de diferentes puntos de la población, acuden al lugar del siniestro. En muchas poblaciones, esta presión del llamador eléctrico hace resonar el timbre de alarma en doce retenes á la vez. Uno de los mecanismos que funcionan descuelga los arcos de los caballos, los coloca sobre éstos y abre las puertas de la cabaillería.

En los tiempos primitivos, esta tarea se veía aumentada por la imperfección de las máquinas, y el negocio de la vida era el trabajo—el trabajo en su sentido más amplio de labor intensa é incesante.—No se tenía tiempo que consagrar á las frivolidades de la moda y como no fuera en las más antiguas poblaciones del Este, nadie se entregaba á las distracciones. A este propósito, Mme. Trollops escribía:

«Yo no he visto nunca gente que pensara tan poco en distracciones como los habitantes de Cincinnati. El billar y la baraja están prohibidos por la ley. La venta de un juego de naipes en el Ohío lleva consigo una multa de 50 dollars. No hay bailes públicos, exceptuando, según creo, seis durante las fiestas de Navidad. No hay conciertos ni siquiera banquetes.»

En vez de *nunca* probablemente habrá que leer *casi nunca*. Decir que los habitantes de Cincinnati hace cincuenta años no iban *nunca* al baile, no oían *nunca* un concierto, no comían *nunca* fuera de su casa, es seguramente exagerado; pero no cabe duda alguna en cuanto á que las diversiones mundanas fuesen raras en dicha época. Aún cuando los hechos prueban que el confort, en la época que examinamos fué muy inferior al de hoy, existía en aquellos tiempos un bienestar general, desconocido en Europa. Arfedson, un viajero sueco que visitó el país en 1832-34, relataba así sus impresiones:

«Un europeo que viaje en esta dirección—Estado de Nueva-York—no puede dejar de admirar una apariencia general de confort y de prosperidad bien imprevista. Un habitante de la Península Escandinava, acostumbrado á diferentes escenas, encántase al ver, en lugar de magníficos palacios lindantes con miserables cabañas, una hilera de hermosas casas de campo habitadas por agricultores independientes.»

Un criado sueco, recientemente llegado á América por

aquellos tiempos, observando el agradable aspecto de las casas que veía á su alrededor, dijo: «Señor, ¿quiere usted hacerme el favor de decirme dónde habitan los campesinos de este país?»

En los libros escritos acerca de la América de esta época, sorprende sobre manera á los autores la ausencia de mendigos. Sir Charles Lyell, en su «primera visita», en 1840, se pregunta «á qué conjunto de causas ha de atribuirse el éxito de la instrucción nacional» y se da él mismo, á su propia pregunta, una respuesta que debe figurar aquí:

«Por de pronto, no existen seres necesitados ó muy pobres. Esto es debido, en parte, á la gran facilidad de emigrar que tienen los que carecen de trabajo, y en parte, á la ausencia de matrimonios imprevisores. Los habitantes, aún de la clase inferior, aspiran á vivir con el bienestar posible y la instrucción desarrolla todavía su gusto.»

Esta prosperidad general tenía también por resultado una criminalidad inferior á la de los demás países donde la vida resulta más difícil.

«El número de personas detenidas por la policía de Londres en 1832 ascendió á 72.824. La población de Londres era veinte veces mayor que la de Boston; en consecuencia, la proporción daría á esta población la cifra de 3.641 detenidos, en lugar de 1.904 que es la real.»

Pero, probablemente, el contraste mayor de todos se hallaba entre la condición inferior del obrero de fábrica en Inglaterra y la condición elevada de la misma clase en América. En Inglaterra, hace cuarenta años, el obrero era una simple máquina; un mártir, mal alimentado, entregado á bajas distracciones, sin esperanza de dicha en este mundo y casi ignorante de que existiese otro. En América, las obreras eran generalmente hijas de labradores, é iban á la fábrica con el fin de ganar un poco de dinero para cuando se casaran. Su estado intelectual

lo revela el hecho de que en Lowell, Massachussetts, se publicaba un periódico donde todos los artículos y poesías estaban escritos por ellas. Se cuidaba mucho de su moralidad. Ninguna de ellas podía vivir en casas no autorizadas. Así es que las obreras empleadas en las fábricas de Lowell, eran célebres, tanto por su virtud como por su superioridad intelectual. Desgraciadamente todo esto ha cambiado. Los inmigrantes suplantaron á los obreros del país. La condición del obrero de fábrica en América, actualmente, es con seguridad superior á la del obrero europeo; pero se asegura que es inferior á la que tenía hace cuarenta años.

Las miradas que podemos dirigir hacia ese pueblo, á través de un período de tantos años, nos lo presentan con su mayor parte extendida en la actualidad á lo largo del Atlántico. Algunas aglomeraciones de familias en Boston, Nueva-York, Filadelfia y Baltimore merecían el título de ciudades á las que aquellas se parecían. Las calles de América, aún hoy, con raras excepciones, las más malas del mundo, eran entonces sucios senderos, intransitables en la época de lluvias, aunque excelentes en verano y durante las fuertes heladas del invierno. Las diligencias circulaban entre las poblaciones á intervalos que nos parecen de una rareza absurda. Los vapores y los *paquebots-express*, en los canales, tirados por caballos se repartían los viajeros con las diligencias, Hombres emprendedores habían avanzado más allá de los Alleyhanis, en el valle de Ohio, y aún en las llanuras del Illinois. Los emigrantes se dirigían hacia su nueva residencia, en la parte de América que era entonces el «Far (alejado) West» en los carruajes de su propiedad. Durante este largo y azaroso viaje vivían como bohemios errantes.

Los trajes eran extremadamente sencillos y baratos. Un paño burdo era el empleado para los mejores vestidos de hombre. Sólo algunas mujeres, en las prin-

cipales poblaciones, gastaban traje de seda. En 1830, la mayor parte de las mujeres, aún de la clase rica, llevaban vestidos de indiana ó percal. El servicio doméstico era mucho mejor que en nuestros días. Se empleaban las mujeres americanas, pues las extranjeras eran raras, y no se les llamaba criadas sino «helps» (ayudantas). Además se sentaban á la mesa con los dueños de la casa, y por todos los demás conceptos eran tratadas como verdaderos miembros de la familia. En un sitio en que la sencillez de la vida era tan grande, semejantes costumbres no ofrecían inconveniente alguno. Hasta existía entonces una gran prevención contra las diferencias del traje. Los cocheros no llevaban librea, y los criados no tenían nada en sus vestidos que permitiera reconocerlos como tales. Sobre este particular, Miss Martineau escribía:

«Una particularidad divertida de la legación inglesa (en Wáshington), es la confusión de lenguas, entre los criados; los cuales os ofrecen pescado, carne, pollo, etcétera, etc., en italiano, holandés, francés, alemán, español ó irlandés. Los embajadores extranjeros tienen grandes enojos con sus criados. Ningún americano quiere llevar la librea, y no existe razón alguna para que la lleve. Pero el embajador de Inglaterra ha de tener criado con librea, para lo cual se arregla como puede. Permite á sus domésticos presentarse en la calle sin librea, excepción hecha de las grandes circunstancias. A veces se ve obligado á elegir sus criados entre los extranjeros que se hallan momentáneamente sin recursos, y que se van en cuanto hallan un empleo en que no se exija llevar librea.»

La repugnancia por la librea era tal, que los agentes de policía se vestían como los demás ciudadanos. La misma ciudad de Nueva-York no dotó á sus policías de un traje especial hasta el año 1845, y las demás poblaciones siguieron este ejemplo. Hoy es difícil distinguir á los

policías de cualquier población americana de los de Londres. Las libreas de los cocheros son menos fastuosas en América que en Europa. América no ha adoptado todavía los cocheros con peluca empolvada ni los lacayos con pantorrillas postizas.

Yo recuerdo muy bien que cuando la «Pennsylvania Railroad Company» decidió imponer á los conductores y demás empleados de los trenes de pasajeros un traje especial que permitiese distinguirlos de éstos, se tuvieron temores de que tal medida provocase una negativa general. En este caso, como en el de la policía, los empleados comprendieron la ventaja que tiene, para los hombres que ejercen una autoridad, el ser reconocidos fácilmente.

Apenas si existía un coche particular en aquella época en las poblaciones del Oeste. Se viajaba á caballo ó en carretas primitivas; los más favorecidos viajaban en cabriolet de un caballo. Una señora anciana, muerta recientemente, á quien conocí y estimé mucho, fué dueña del primer coche de Pittsburgo. La señora que tuvo el primer cocheró con librea (un negro, orgulloso de llamar la atención) se halla todavía en la flor de su edad. Si los trajes, las comodidades y las casas de las personas eran sencillos, otro tanto puede decirse de su alimentación. Esta era muy barata. Los huevos costaban quince céntimos la docena y una pierna de carnero cinco reales. Los vinos extranjeros eran tan raros y tan costosos, que casi no se conocían. Las importaciones de vino, en 1871, ascendieron tan sólo á un millón y medio de dollars. El cambio de géneros ó trueque se empleaba como medio de pago. Los obreros, aun en las ciudades, cobraban su trabajo en bonos sobre los almacenes. Los salarios eran generalmente bajos. Los obreros recibían sesenta y dos *cents* (3'10 pesetas) por día. Dos dollars (diez pesetas diarias) eran considerados como un salario muy elevado que sólo se daba á obreros muy hábiles. Los sueldos de

los jefes eran todavía proporcionalmente más bajos. El del llorado director del «Great Pennsylvania Railway» era solamente de 1,500 dollars (7,500 pesetas) por año, hasta 1855 en que fué nombrado director de la red Oeste de la línea.

Yo me quedé muy sorprendido cuando, en calidad de su sucesor, recibí 50 libras esterlinas más por año. A despecho de la flojedad de los salarios, la regularidad del trabajo y la sencillez de la vida, permitían á las gentes economizar, cada año, sumas considerables.

La moda, si es que había alguna, consistía en vivir de la manera más sencilla, en contrarrestar la ostentación, en la residencia, en el mobiliario, en la alimentación y en los coches.

¿Un republicano no debía ser sin rebuscamiento, sin afectación, semejante á la gente del pueblo? Los guantes de piel y los trajes de seda eran casi desconocidos en el oeste de los Alleghanyes. Los millonarios no existían todavía en esta época. Se hablaba en todo el país de los hombres que poseían cincuenta ó cien mil dollars como se habla hoy de los millonarios, de los que hay hoy más en Nueva York que entonces capitalistas de cien mil dollars. La primera fábrica de pianos fué fundada en 1822; era aquélla tan insignificante que en 1853, no fabricaba más que 15 pianos por semana.

Pocos coches se construyeron antes de 1840. Las obras de arte eran muy raras. La primera galería de cuadros de alguna importancia, fué la de la «Pennsylvania Academy» de Filadelfia.

Se inauguró en 1811. Otras poblaciones no han tenido colecciones de arte importantes hasta hace poco.

Existían bibliotecas en las universidades y en los edificios de la capital del Estado, pero pocas colecciones de libros eran accesibles al público.

Antes de 1830, sólo tres ó cuatro poblaciones tenían bibliotecas, y aun éstas, sin importancia.

En esa época cada pueblo y cada distrito rural, tenía su *genio* universal que servía para todo, lo mismo para arrancar una prueba que para componer un reloj. El doctor en teología ejercía generalmente las funciones de doctor en medicina. El hombre de ley era á la vez abogado, procurador, concejal, diputado, banquero. Los oficios y las profesiones se especializaron, á medida que fué en aumento la población. Hoy, no hay aldeas, por pequeña que sea, que no posea en número suficientes representantes de cada oficio.

Una nación de trabajadores, teniendo ante ella un continente al que dar valor, privado de todos los refinamientos y de todas las delicadezas de la vida, tal era el cuadro ofrecido por la República, hace 50 años. El contraste entre esta situación y la situación actual es tan grande, que podría creerse que se trata de otro planeta sometido á otras condiciones primarias.

Si los caminos de América son todavía inferiores á los de Europa, es debido á que los ferrocarriles han hecho menos imperiosa la necesidad de buenas carreteras.

La superioridad de los ferrocarriles es la que ha hecho descuidar los caminos ordinarios. A la época del vapor, hay que agregar la de los ferrocarriles. Las comunicaciones en América han venido á ser más baratas y más cómodas que en cualquiera otro país. En las principales líneas, los wagones-salones lujosos, de día, y habitaciones de dormir, por la noche, son ventilados por el aire, caliente en invierno y fresco en verano. Los vapores son de dimensiones gigantescas y modelos de elegancia. La cantidad y la variedad de la alimentación son una continua sorpresa por los viajeros que recorren los Estados. Las personas, clase por clase, se visten infinitamente mejor que en los demás países. Las comodidades de la casa ame-

ricana, de la clase media, sostienen ventajosamente la comparación con las de los otros países. En cuanto á las residencias de las clases ricas, no hay nada semejante en ninguna parte. Excitan estas, en sus menores detalles, la envidia de los extranjeros. Una presión de un botón eléctrico hace venir un mensajero; dos, es señal para que venga un ordenanza de telégrafos; tres, reclamando un policía; y cuatro, dando señal de alarma para un incendio. Hácese del telégrafo un uso del que no se tiene idea en Europa. Las cuadras, la habitación del jardinero y todas las demás dependencias, están unidas por un hilo á la parte principal de la casa. Las casas de personas amigas están asimismo unidas por teléfono, casi con tanta frecuencia como las casas de comercio. Los tubos acústicos van del salón á la cocina; la comida se sube caliente desde la cocina por medio de un ascensor. El aire caliente y tubos de agua caliente circulan por toda la casa. Para arreglar la temperatura de una habitación á su gusto, basta con dar la vuelta á una manivela. La luz eléctrica se usa en todas partes. A buen seguro, que no existe un sólo palacio, una gran casa de Europa, que posea ni la mitad de las comodidades y de los recursos científicos que se encuentran en las principales casas americanas.

«Nueva York Central Park», con sus magníficos equipos, es un digno rival de Hyde-Park y del Bois de Boulogne. En invierno centenares de elegantes trineos, que se deslizan en las avenidas, forman un cuadro más delicioso que todos los de que se puede Londres vanagloriar.

Las óperas, los teatros, los cafés de provincias superan en magnificencia á los de los demás países, excepción hecha de las últimas construcciones de París y de Viena, con las cuales, sin embargo, los teatros de la opera de Nueva York y Filadelfia pueden rivalizar. Las bolsas de comercio, los palacios imponentes de las com-

pañías de seguros sobre la vida, los edificios de los periódicos, los hoteles, los numerosos establecimientos construidos por casas de comercio, no sólo en Nueva York, si que también en las provincias del Oeste, no dejan nunca de excitar la admiración del europeo. El régimen postal, desde todos los puntos de vista, vale tanto como el de Europa. Los correos van en los trenes expresos, se escogen en ruta, y se depositan en todos los puntos sin parar el tren. En todas las poblaciones grandes, se reparan las cartas varias veces al día. El franqueo para todas las distancias, que exceden á veces de 3.000 millas, es tan sólo de dos centavos por treinta gramos.

En resumen; puede decirse que las condiciones de la vida en América se han aproximado á las de Inglaterra durante los 50 años en que nos ocupamos. Año por año, á medida que la población aumenta, el nivel general de las comodidades en las más pequeñas poblaciones del Oeste, se aproxima al de las ciudades del este.

Heriberto Spéncer, se quedó sorprendido en grado sumo de cuanto vió en las poblaciones americanas: «Los libros que he leído—dice—no me habían dado idea exacta de los inmensos desarrollos de la civilización material que he encontrado con frecuencia. Las dimensiones, la riqueza y la magnificencia de vuestras ciudades, sobre todo el esplendor de Nueva York, me han sorprendido bastante. No he visitado la maravilla del Oeste, (Chicago), pero algunas de vuestras ciudades modernas de menor importancia me han sorprendido no poco, por los maravillosos resultados de la actividad de una sola generación. En diversas ocasiones, hallándome en poblaciones de 10,000 almas, donde todos se servían del teléfono, he sentido cierta vergüenza, pensando en nuestras atrasadas ciudades de las que muchas cuentan con 50,000 habitantes é ignoran completamente su uso».

La diferencia es mínima entre las instituciones muni-

cipales del nuevo y del viejo país; pero no hay contraste más grande que el que existe entre sus distritos rurales.

Entre todas las razones que los desgraciados pueblos de los monárquicos tienen para envidiar á América, ninguna es tan grande como la perfección de su organización municipal y del Condado. Si mis lectores americanos conocieran el caos que reina, en todos los distritos de Inglaterra, no podrían comprender, como un pueblo de lengua inglesa, lo ha tolerado por tanto tiempo. La Iglesia tiene una cierta intervención en los asuntos locales, sobre todo en la instrucción. Los clérigos, vicarios, rectores y curas forman parte de los consejos de las corporaciones municipales. Los señores propietarios territoriales, forman también parte de las mismas. El caballero y el párroco, son los poderes que se ocupan de todo y lo administran todo, según su leal saber y entender. El palacio del duque paga menos impuestos que la casa de dimensión modesta del hombre nuevo que no pertenece al partido dominante. El menor distrito de provincia tiene su bando que lo explota. Por cada cacique que hay en la República se cuentan veinte en la Monarquía.

Los empleos son distribuidos entre los favoritos de los amos y de los párrocos. Los habitantes del distrito no tienen voz en el capítulo, ya que no votan por los funcionarios. Unicamente los que tienen una cierta fortuna, que viven en grandes casas ó pagan crecidos alquileres, y que, por consiguiente, pertenecen á la clase dominante, tienen el derecho de votar. En estas condiciones, la mayor parte de las gentes no se toma ningún interés por la comunidad, en tanto que se trata de cuestiones municipales. El terreno es malo para el desarrollo del patriotismo local. A este triste cuadro, puede oponerse, un agradable contraste, en las ciudades inglesas. Allí, existe el sufragio universal, y, en muchos casos, las mujeres que poseen una cierta fortuna tienen también el derecho de voto.

Gracias á este sistema, los mejores ciudadanos de las poblaciones prestan á los asuntos municipales una atención que con dificultad se encuentra (si se encuentra), en América, más allá de las fronteras de los viejos Estados. Los procesos verbales del Consejo municipal, é incluso los discursos de cada edil, se publican, regularmente, con extensión, en los periódicos locales. A veces, ocupa cuatro columnas el extracto de la sesión municipal. No hay lectura por la que más se interese la comunidad, que ésta. Indudablemente, los hombres forasteros en la localidad, se sonreirán, leyendo que los hombres de gran valer, los fabricantes y comerciantes, han discutido sobre una suma de cinco libras esterlinas, seis chelines y ocho peniques, para reparaciones en el reloj de la Casa Ayuntamiento, ó sobre un aumento de salario de dos libras esterlinas para el secretario. Pero, el mismo Parlamento ¿no se ocupa con frecuencia de negocios insignificantes? Esta atención prestada á los detalles asegura un prudente empleo de los fondos públicos, y una excelente administración.

Los magistrados y los consejeros municipales gozan de la más grande estima... La nación elige entre ellos á sus principales jefes. M. Chamberlain y el Alderman Kenrick comenzaron su educación en el Consejo municipal de Birmingham, M. Storey, en el Sunderland; y el difunto Jorge Harrison, en el de Edimburgo. Mi experiencia de la administración de las poblaciones, en Inglaterra, me da la mayor confianza posible, en la facultad que tienen las masas de administrar sabiamente, gracias á la selección de los hombres mejor dotados para este caso.

No ha llegado todavía el tiempo, para la República, de tener por doquiera administraciones municipales tan completas y tan eficaces como los de Inglaterra. Pero en algunas partes adelantadas, encontramos ya resultados parecidos. Si, de una parte, las municipalidades del viejo

país no han sido superadas por las del nuevo, si hasta generalmente le son aquellos superiores, los distritos de provincia en Inglaterra tienen, instituciones que son una vergüenza para los habitantes. La pesada ignorancia de las masas, su aparente satisfacción de una vida buena para guardianes de tocinos de los comienzos de la época sajona, su resignación á la dominación de aquéllos á quienes llaman sus *mejores*, la baja hipocresía que el gobierno aristocrático produce entre los pobres, causan un verdadero disgusto á los americanos que comparan esta situación á la suya; que, sobre todo, comparan los hombres y las mujeres producidas por los dos sistemas.

«Véase — dice el señor Tory, — en el espíritu estrecho é ignorante, cuando él muestra á sus visitantes americanos el estado de las gentes del pueblo, en torno de él, cuán poco apropiadas son dichas gentes á lo que se llama el *self-government* y á la igualdad. A buen seguro que si nosotros no nos ocupáramos de ellos no podrían vivir». Es raro que se dé al señor Tory la respuesta que se merece, aunque espero que quizás llegue el día en que se le dé; «dar á esas gentes todos los derechos y privilegios de que usted goza en ese distrito, y antes de que muera usted, á no ser que desaparezca usted en seguida, se verá sorprendido por los resultados. Jamás saldrán aquéllos de su estado de verdadera esclavitud, si usted no les impone los derechos de los ciudadanos y si no les enseña el ejercicio de estos derechos. Sois como aquella loca madre que no quería dejar acercar á su hijo al agua hasta que éste hubiera aprendido á nadar. Tiradlo al agua. Poneos á su lado para impedir que se ahogue, pero no le prestéis demasiado auxilio. No se lo prestéis hasta que esté completamente agotado y á punto de irse á fondo.» Este mismo señor discursará en la mesa sobre la misión encomendada á Inglaterra de elevar el nivel de las razas inferiores en toda la superficie de la tierra, olvidando to-

talmente que sería difícil hallar, seres más ignorantes, más envilecidos, más pobres que los que el sistema autocrático de su clase ha producido á algunas *millas* de su puerta. Nadie ve más claramente la paja en el ojo del vecino que el *magnate* de Inglaterra que no quiere ver la viga que tiene en el suyo. Tiene éste —ó cuando menos pretende tener—simpatía, por todas las gentes de la tierra, menos por sus compatriotas.

Una breve descripción de la organización republicana del país, quizá interese á los ingleses, y aun á los americanos que tienen sobrada tendencia á gozar de los placeres, sin inquietarse de sus recursos. La subdivisión de los Estados en condados, y de los condados en municipalidades (*township*) para asegurar el self-government local, no se ha hecho sobre un plan uniforme. Los primeros estados presentan para estas divisiones, diferencias notables, pero los estados más nuevos del Oeste, y del Noroeste, que constituyen la más grande extensión del país, se hallan sometidos á un mismo sistema general. Creo, que éste es el único que merece ser descrito, ya que es el más reciente y es claramente americano.

Iowa, es una de las comunidades mejor organizadas de la Unión. Voy á dar una idea de su gobierno local. La génesis de estos *parlamentos familiares* es muy sencilla. Llega un primer colono, con el hacha en la mano, que construye una cabaña con troncos de árboles, labra la tierra, y planta las siembras que tiene. Llega otro, y luego otro que proceden á hacer exactamente lo mismo que aquél, en todas las tierras vecinas, hasta que una docena ó un número mayor de familias se hallan reunidas en una misma comarca. Dos cosas se hacen indispensables: caminos ó senderos para unir las casas entre sí, y con el mercado más próximo, así como con la estación de ferrocarril, y una escuela para los niños. No existe autoridad central que pueda proporcionarlos. En

virtud de esto, los colonos deciden reunirse para tratar de estos asuntos. Se imponen aquéllos una cuota ó contribución y ponen manos á la obra. Se designa á uno para señalar la tasa, á otro para hacerla efectiva, á otro para vigilar los trabajos, á otro para llevar las cuentas, etcétera, etc. Tales son los comienzos del repartidor, del cobrador, del inspector del condado, del secretario de la población, á los que se agrega algún tiempo después, un jefe de policía y un juez de paz,

Muchas municipalidades nacen como la de Burling en el condado de Calhome, Michigan.

Organizada en 1837, celebró su primera reunión el 3 de abril del mismo año. Nombró á Justus Goodwin inspector, Gibesia Sanders y Moses S. Gleason, jueces de paz; León Hanghtailing, policía y perceptor; estableció seis caminos vecinales, votó un crédito de 100 dollars para tender un puente sobre el río San José y otros 50 dollars para tender otro sobre Motlawa Creek; 50 dollars para las escuelas comunales y una prima de 5 dollars por cada cabeza de lobo.

¡Ah! Esos 50 dollars para las escuelas comunales. ¡Ahí estaba el voto de los votos!

Cuando se examinan las primeras fuentes de la vida nacional vese arrancar á la que es la verdadera panacea de todos los males del cuerpo político: ¡la instrucción, la instrucción, la instrucción! A través de toda la historia del país, se va encontrando el mismo cuidado por esos hilillos de oro de la instrucción, á los que van á unirse los bienes y los éxitos de una democracia instruída y triunfante.

Ruego se observe también que ninguna mención se ha hecho del nacimiento ó del rango de esas reuniones de pueblo. Púedese inferir que en ese mitin democrático nadie sueña.

Se eligió á los que eran más apropiados para desempeñar los cargos que se les confiaban, según esta máxima:

«Los más útiles son los que sirven mejor.»

El territorio de una ciudad es, generalmente, de seis millas cuadradas. Es la dimensión que los inspectores del gobierno dan á todos los territorios. Cuando la población aumenta entonces se unen doce ó quince ciudades y forman el condado, la más grande división política.

Los funcionarios del condado son generalmente nombrados por dos años, aunque en muchos Estados, hay elecciones anuales.

Se emplea siempre el sufragio universal y los distritos electorales son iguales. Todos los funcionarios cobran, pero sus sueldos son muy moderados. El cabeza de partido—Connty town—del Condado, se elige, como es de suponer al estilo democrático; por votación irreprochable. A cortos intervalos, por medio de votación, se nombran todos los funcionarios políticos del Condado, incluso los magistrados que ejercen autoridad, el inspector de enseñanza, los inspectores de caminos, los administradores del impuesto para los pobres, y hasta á los jueces mismos. ¿Y por qué no? ¿Quién, pues, más que las masas, tiene necesidad de que la justicia se practique con igualdad? Puédesse contar con las clases más pobres, para elegir á los hombres que tienen las menores probabilidades de verse codeando al lado de los ricos, de los poderosos y de los fuertes. Si los jueces, que no son más que hombres, hubiesen de tener preferencias, ó de ser influidos aún inconscientemente por los que los rodean, cuando menos inclinen su preferencia al lado de la virtud, que con raras excepciones, se halla siempre del lado del pobre y del débil.

Un gran número de Condados constituyen el tercero y más extenso de los círculos, el Estado; el que á su vez, con otros Estados, forma el sistema federal de

la República. Condados y Estados forman centros que gozan del *Home Rule*. La experiencia ha demostrado que su influencia, en todos los asuntos políticos, era muy afortunada. Así es que se ha adoptado, como regla general, la de que el estado central no debía hacer nada de lo que pudiera el Estado hacer por sí mismo, y que el Condado no debe hacer nada por la ciudad de lo que pueda hacerse ésta por sí misma.

Jefferson, que seguramente era un hombre de Estado que veía claramente, dijo:

«Las divisiones denominadas municipalidades en la Nueva Inglaterra, son el principio vital de su gobierno. Han demostrado aquéllas ser las más sabias invenciones que hayan salido del cerebro humano, por el perfecto funcionamiento del *self-government* y por su duración».

El americano cree en el *Home Rule*, aun para las pequeñas agrupaciones, y ha manifestado aversión más grande por la centralización. No reclama jamás el auxilio de autoridad alguna, en tanto puede prescindir de él. Divide la sociedad en partes tan numerosas y tan pequeñas como queráis; la más diminuta será un *építome*, un *microcosmo* del todo. El consejo de la ciudad es una reducción perfecta de la Asamblea imperial. El observador reconoce en ello sus *ediciones de bolsillo* de los Cleveland, Gladstone, Blane y Salisbury. La ciudad posee á los Boecher, Spurgen, Spéncer, Fiskes Huxley, Marth, sus doctores Fuit, Dennis, Mackencie, Black y sus Howels. Tiene también aquélla sus Amold, Holmés, Lowell, Browing y Whitmann.

Evidentemente, todos esos hombres son miniaturas de sus prototipos, como conviene al pequeño teatro, sobre el que actúan. Los hombres y las mujeres se dividían en clases; en cada pueblo, existen estas clases. Cuanto más pequeña sea la comunidad más clara es la línea de separación entre ellas. Cierta, que, aun en los más pequeños

villorrios, se encuentran gentes de mundo y guías de la moda. Las cosas absurdas es tan fácil verlas allí como las cosas buenas. No falta ni una.

Al modo como una parte de un bloc de marmol tiene en sí misma todo lo que constituye el mármol, así toda agrupación de hombres ó de mujeres, por pequeña que sea, tiene en ella todo lo que constituye un imperio. Para que todas esas fuerzas trabajen armónicamente, no tienen los hombres de Estado otra cosa que hacer que dejarlas libres. Y esto es lo que el americano ha hecho, tanto en la ciudad como en el campo. El inglés tiene otra manera de proceder. Hago una excepción en cuanto á las ciudades donde se ha cambiado recientemente el sistema. La exclusión de las gentes, de la administración de los asuntos locales, ha producido por su carácter, efecto desfavorable en todos los distritos del país. No son aún hombres, tienen el alma de siervos. El año último se les concedió el derecho de votar á los individuos del Parlamento, y votaron en masa contra la clase directora. Por fin, ha cambiado la corriente y pronto nacerá entre ellos, un irresistible movimiento, en favor del *Home Rule*, hasta en los asuntos más triviales.

El profesor Fiske en un excelente librito, «American Political Ideas» ha hecho de la condición de las masas americanas, que viven en las poblaciones pequeñas y en los pueblos, comparadas á las de las poblaciones y aldeas rurales, el más exacto relato. He aquí ese relato del que mi propia experiencia me permite garantizar la veracidad.

«Generalmente, el jefe de cada familia es propietario de la casa que habita y del terreno sobre que está edificada. Las relaciones entre propietario é inquilino, aun cuando no sean enteramente desconocidas, son raras. Ninguna clase de distinción social ó de privilegio político afecta á la propiedad de la tierra, y las diferencias legales entre el propietario real y el personal, principalmente por

lo que respecta á las necesidades de traspaso, han sido reducidas á la menor expresión.

«Cada dueño de casa es propietario absoluto. Así es que se le puede considerar como un señor en su señorío en miniatura ya que no existe clase alguna que sea «vasallo» de una manera permanente, como tal palabra indica.

«Todo gran propietario se ocupa, en persona, de la explotación de sus tierras. En esta tarea vése secundado por sus hijos ó por sus vecinos á quienes la explotación de las fincas más pequeñas deja beneficios. En el interior de la casa, cuida de las atenciones de la misma la madre de familia y sus hijas. Con todo, á pesar de la universalidad del trabajo manual las gentes distan mucho de ofrecer aspecto de campesinos. Es raro hallar gentes pobres mal vestidas. No hay un solo hombre en el pueblo, en pro del cual pudiera tomarse una actitud protectora, ó que no considerase como una grave injuria el ofrecimiento de un chelín. La embriaguez y el crimen, son allí tan desconocidos como la pobreza. En cualquier villa de mil habitantes, se halla una casa de refugio, donde cinco ó seis ancianos decrepitos, se ven asistidos por cuenta de la comunidad; se encuentran también tabernas donde no es fácil hallar bebida más fuerte que cerveza ligera ó sidra. Los peligros de robos son tan pequeños, que no siempre se considera necesario cerrar las puertas exteriores, ni aun durante la noche.

La universalidad de la cultura literaria es tan notable como la facilidad con que todo el mundo se entrega al trabajo manual. Es muy fácil hallar una población de mil habitantes que tenga biblioteca pública *circulante*, en la que se hallará los *Lays Sermons* del profesor Huxley, ó el *Ancient Lau* de Sir Henry Maine. Tendrá seguramente una escuela superior y otra media docena de escuelas para párvulos. Hallar una persona que no sepa leer y es-

cribir es tan raro como encontrar un albino ó una persona con seis dedos. El labrador que trilla su trigo y corta la leña del bosque, es posible que tenga un piano en el salón de su casa; el *Atlantie Monthly* sobre su mesa, y las obras de Milton, de Tennepon, Gibbon y Macaulay en su biblioteca. Su hija que ha cocido el pan, por la madrugada, quizá se ocupe á mediodía en pintar sobre porcelana. En otro tiempo las cuestiones teológicas, preocupaban mucho á las gentes. Probablemente no hay parte alguna del mundo en que se haya leído con mayor atención la Biblia, y en que los misterios de la doctrina cristiana, hayan sido objeto de tan ardientes discusiones, en cada familia. He ahí porque se encuentra en la Nueva Inglaterra un profundo sentimiento religioso, unido á una singular flexibilidad de espíritu y libertad de pensamiento.»

Tal es la democracia, tales sus condiciones de existencia. Ante un espectáculo tal, ¿puede sostenerse que el poder del pueblo sea dañino para el Estado y la Religión? ¿En qué lugar del mundo, han creádo las instituciones monárquicas una comunidad tan perfecta, tan inteligente, tan exenta de crímenes y de pauperismo; una comunidad en la que el mayor bien para el mayor número sea objeto de tantá solicitud; en la que todo esté tan bien calculado para animar el aumento del respeto mutuo que es el fin mismo que la civilización persigue?

«Antes que el hombre haya hecho de nosotros ciudadanos, Dios había hecho de nosotros hombres.»

El republicano tiene necesariamente el respeto á las leyes de su país y á las leyes de Dios que hacen de aquél un hombre igual á todos los hombres.

Creedme, lectores: el hombre que se respeta más á sí mismo es también el que más respeta los derechos y los sentimientos de los demás.

Sería tan difícil inducir á la democracia rural de América á sancionar la confiscación de los bienes de sus

más ricos vecinos, ó á votar una medida violenta ó poco honrosa, como cambiar á su presidente por un rey. Nuestras instituciones libres, desarrollan los mejores y más nobles rasgos, y éstos, siempre, conducen á los gobiernos excelentes. Verdaderamente estos hombres honrados, puros, satisfechos, trabajadores, patriotas, pregúntanse como obrarían otros en su lugar. Ellos buscan lo que es equitativo. No existe, ni en Inglaterra, hombres tan conservadores; pero lo que quieren aquellos conservar, á toda costa, es la igualdad de los ciudadanos y leyes justas é iguales para todos; en una palabra; el republicanism. Para conservar todo esto, hállanse siempre dispuestos á combatir, y, en caso necesario, á perder la vida, ya que para los hombres que han probado una vez el elixir de la igualdad política, no tendría la vida con la *desigualdad* encanto alguno.

A cada hombre está, en cierta medida, confiada como un depósito sagrado la dignidad humana. No puedo tocarlo ni permitir que los demás la toquen. Las dignidades hereditarias y las desigualdades políticas, atentan contra los derechos del hombre. No deben, pues, ser toleradas. La verdadera democracia debe vivir de la igualdad de todos los hombres, ó morir para conseguirlo.